

que manchen su voz ni absurdos para su ruta. Seguirá siendo lo que es, un poeta sin sensiblería, sin crueles adaptaciones, un poeta digno de considerarse entre los mejores de la actual generación chilena.—F. S.



<https://doi.org/10.29393/At184-15PILD10015>

PICHAMÁN, Cuentos por *Leoncio Guerrero*:—Ediciones Yunque. Santiago, 1940.

De Pichamán, un bello rincón maulino, ha extraído el autor de estos cuentos, la savia vital que les infunde fuerza y expresivo colorido. El libro se inicia con una descripción del paisaje del Maule, ese mismo paisaje que Mariano Latorre, ha descrito en sus obras con morosa delectación y le ha servido de escenario a la mayor parte de sus Cuentos.

Ahora Leoncio Guerrero, ubica sus personajes, en otro rincón del Maule, y aunque los hombres y la tierra es la misma que en sus cuentos de ambiente regional, ha tratado Latorre, encontramos en este autor que debuta con este libro, la novedad de un temperamento distinto para enfocar el objetivo y saturarlo de su emoción. En Guerrero la visión de la naturaleza tiene una expresión más íntima, más próxima y quien sabe si más cordial por la efusión con que la describe:

«Cerros, cerros, cerros divididos en dos grandes piños, por la huasca azulada del río. Inútilmente busca la vista un remanso de tierra. El sol, eje del paisaje, estruja las horas con la ferocidad de un medio día de verano. Una chicharra canta desde el proscenio de una sombra. El silencio crece, se expande, se acurruca, entre las viñas, se recuesta en los sandiales. La flauta eglógica de un pastor rústico pasa la mano de su melodía por las lomas hipnotizadas. Es una interpretación del momento, de la tierra, de la vida sencilla. Es una música que estiliza el cantar del arroyo, el quejido gutural de las tutas, el breve aullido de los zorros o el grito cavernoso de los hombres».

En esa huasca azulada del río que arrea el piño de los cerros, y en esa chicharra que canta desde su proscenio de sombra, en la cálida hora de la siesta, hay sin duda novedosos aciertos de expresión, en la manera de interpretar el paisaje. Busca Guerrero sus imágenes en la tierra misma o en lo que con ella se relaciona, para infundir a su descripción un encanto agreste y original. No se advierte el esfuerzo para conseguir esa bella sensación de ambiente, con elementos propios, aunque estilizados por un gusto artístico bien cimentado. En ese campo emborrachado de sol, al pie de los calvos cerros está el auditorio de esa chicharra: el paisaje con su fisonomía auténtica y su interés vital.

El autor de Pichamán es un criollista, pues le atraen los temas de carácter típico: gusta de detenerse en el detalle pintoresco y busca en la intimidad de sus personajes aquel acento vernáculo que en este caso los identifica con la chilenidad. Ellos hablan ese lenguaje imperfecto, que a muchos ha de parecer extraño, pero que no obstante todos los reparos que se le hagan comunica un encanto rudo y sabroso al relato. Guerrero no se ha preocupado de que sus narraciones tengan un argumento, con un principio y un desenlace, sino que cuenta el episodio de una vida tratando de hacer resaltar el interés humano de ella. En esta forma su técnica es simple, pues va directamente al objetivo, sin buscar complicaciones, ni artificios literarios. Está más atento y dedicado a darle a su historia una animación cálida, tierna y amena que le comunique simpatía y sostenga en ella esa vivacidad de atracción, que es el secreto del narrador que saca de la existencia misma el nervio, el aliento y la pasión que anima su creación artística.

Guerrero conoce bien, y ama la vida de los seres que echa a caminar a través de las páginas de sus cuentos a los cuales, es probable que intencionadamente, los ha dejado unidos por un nexo. Tanto que a ratos da la sensación de una novela, pues un personaje, aparece interviniendo en uno y en otro relato. En ese paisaje de Pichamán, ha seguido este autor, con mirada atenta,

el curso de los seres que le han interesado, y su vida humilde, su drama obscuro que tal vez sin la piadosa emoción del escritor no hubiera sido conocido. Y esto sin declamaciones redentoras. Sin sermones que nada tienen que ver con el arte literario.

Y estas vidas sencillas, rudas y agrestes, nacidas y criadas frente al paisaje de Pichamán, tienen ahora una existencia permanente en las páginas de este libro, que compusieron lentamente, parando los tipos uno a uno, los obreros de una modesta imprenta. Ellos han debido ser los mejores críticos de estas historias sencillas y humedecidas por la emoción del hombre que les dió vida con su talento y su esfuerzo creador de artista sincero y honrado.

—L. D.